

Traducción de

JESÚS ALBORÉS REY

LA SOCIEDAD DEL RIESGO GLOBAL

por

ULRICH BECK



**SIGLO VEINTIUNO
DE ESPAÑA EDITORES**

134318
Fecha 24666
Forma Adq. Donación



siglo veintiuno de españa editores, s.a.

siglo veintiuno de argentina editores

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

© de esta edición, marzo de 2002

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
Príncipe de Vergara, 78. 28006 Madrid

© Ulrich Beck 1999

Primera edición en inglés, Polity Press en asociación con Blackwell Publishers, Ltd., 1999

Título original: *World Risk Society*

© de la traducción: 2001 Jesús Alborés Rey

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

Diseño de la cubierta: Juanjo Barco/Alins Ilustración

ISBN: 84-323-1083-2

Depósito legal: M. 11.331-2002

Fotocomposición: INFOTEX, S. L.

Julián Camarillo, 26, 1.º 6

28037 Madrid

Impreso en Closas-Orcoven, S. L. Polígono Igarsa.
Paracuellos de Jarama (Madrid)

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	VII
1. INTRODUCCIÓN: EL MANIFIESTO COSMOPOLITA ...	1
2. ¿LA SOCIEDAD DEL RIESGO GLOBAL COMO SOCIEDAD COSMOPOLITA? CUESTIONES ECOLÓGICAS EN UN MARCO DE INCERTIDUMBRES FABRICADAS .	29
3. DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL A LA SOCIEDAD DEL RIESGO: CUESTIONES DE SUPERVIVENCIA, ESTRUCTURA SOCIAL E ILUSTRACIÓN ECOLÓGICA	75
4. LA SOCIEDAD DEL RIESGO Y EL ESTADO DE BIENESTAR.....	113
5. SUBPOLÍTICA: LA ECOLOGÍA Y LA DESINTEGRACIÓN DEL PODER INSTITUCIONAL	143
6. ¿CONOCIMIENTO O DESCONOCIMIENTO? DOS PERSPECTIVAS SOBRE LA "MODERNIZACIÓN REFLEXIVA"	173
7. RETORNO A LA SOCIEDAD DEL RIESGO: TEORÍA, POLÍTICA, CRÍTICAS Y PROGRAMAS DE INVESTIGACIÓN.....	211

061167

18 SEP 2012

transnacional, mientras que el ciudadano todavía tiene que pensar y actuar dentro de las categorías del estado nacional.

Sin embargo, en el ámbito de estructuras, expertos y contraexpertos transnacionales, movimientos y redes transnacionales, podemos contemplar formas experimentales de organización y la expresión de un sentido común cosmopolita, mezcla del escepticismo respecto a los egoísmos nacionales que se disfrazan de necesidades universales y de la desconfianza frente a los errores y defectos de las burocracias nacionales. Las organizaciones voluntarias desempeñan un papel crucial en la construcción de una sociedad civil global. Contribuyen a generar el sentido público y la confianza pública, a abrir las agendas nacionales a las preocupaciones transnacionales, cosmopolitas. Y son un florecimiento de lo humano por derecho propio.

¿Cómo pueden hacerse posibles y poderosos los movimientos cosmopolitas? A fin de cuentas, esta pregunta sólo puede responderse donde la gente la plantea y la escucha: en el ámbito de la experimentación política. ¡Ciudadanos del mundo, uníos!

2. ¿LA SOCIEDAD DEL RIESGO GLOBAL COMO SOCIEDAD COSMOPOLITA? CUESTIONES ECOLÓGICAS EN UN MARCO DE INCERTIDUMBRES FABRICADAS

La sociedad del riesgo, pensada hasta sus últimas consecuencias, quiere decir sociedad del riesgo global. Pues su principio axial, sus retos, son los peligros producidos por la civilización que no pueden delimitarse socialmente ni en el espacio ni en el tiempo. En este sentido, las condiciones y principios básicos de la primera modernidad, la modernidad industrial —antagonismo de clase, estatalidad nacional, así como las imágenes de la racionalidad y el control lineal, tecnoeconómico— son eludidas y anuladas (el concepto de “sociedad del riesgo *global*” fue introducido por Beck, 1992; véase también Beck, 1995, y el capítulo 3 más adelante).

Está claro, pues, qué conceptos *no* se emplearán aquí. No nos centraremos en la “naturaleza”, ni en la “destrucción de la naturaleza”, ni en los “problemas ecológicos” o “medioambientales”. ¿Tiene esto algo que ver con un establecimiento sistemático de objetivos? Así es, como veremos. De hecho, para el análisis sociológico de los problemas ecológicos propondremos un marco conceptual que nos permita captarlos no como problemas del *medio ambiente* o el mundo que nos rodea, sino del mundo *interior* de la sociedad. En lugar de los conceptos clave, aparentemente evidentes, de “naturaleza”, “ecología” y

“medio ambiente”, basados en una oposición a lo social, este marco arranca más allá del dualismo de sociedad y naturaleza. Sus temas y perspectivas centrales tienen que ver con la *incertidumbre fabricada* dentro de nuestra civilización: riesgo, peligro, efectos colaterales, asegurabilidad, individualización y globalización.

Muchas veces se ha objetado que este debate sobre la sociedad del riesgo global alienta una especie de neospenglerismo y bloquea cualquier acción política. Pero veremos que también ocurre lo opuesto. En la autocomprensión de la sociedad del riesgo global, la sociedad se hace *reflexiva* en tres sentidos (sobre la modernización reflexiva, véanse las diversas posiciones de Beck, Giddens y Lash en Beck *et al.*, 1994). En primer lugar, se convierte en una cuestión y en un problema por sí misma: los peligros globales establecen reciprocidades mundiales y, en efecto, los contornos de una (potencial) esfera pública global empiezan a cobrar forma. En segundo lugar, la globalidad percibida de una civilización que se pone en peligro a sí misma desencadena un impulso, moldeable políticamente, hacia el desarrollo de instituciones internacionales cooperativas. En tercer lugar, los límites de lo político empiezan a eliminarse: aparecen constelaciones de una subpolítica que es, de forma simultánea, global y directa, que relativiza o esquivo las coordenadas y coaliciones de la política del estado-nación y que puede conducir a «alianzas de creencias mutuamente excluyentes» de alcance mundial. En otras palabras, la “sociedad cosmopolita” (Kant) puede cobrar forma en la necesidad percibida de una sociedad del riesgo global.

ELEMENTOS DE UNA TEORÍA DE LA SOCIEDAD DEL RIESGO GLOBAL

La indeterminación de los conceptos de “naturaleza” y “ecología”

El concepto de “ecología” tiene tras de sí una historia de éxito considerable. Hoy se responsabiliza de la naturaleza a ministros y gestores del estado. La evidencia de que los “efectos colaterales” de productos o procesos industriales están poniendo en peligro los requisitos básicos de la vida puede desencadenar el colapso de los mercados, destruyendo la confianza política y el capital económico y la creencia en la superior racionalidad de los expertos. Este éxito, en algunos aspectos enteramente subversivo, enmascara el hecho de que el de “ecología” es un concepto bastante vago; todo el mundo da una respuesta diferente a la pregunta de qué debería preservarse¹.

«Una vez más tropiezo con todas las chorradas sobre la naturaleza», escribe el poeta alemán Gottfried Benn (1986, pp. 71 ss.):

La nieve, incluso cuando no se derrite, a duras penas proporciona temas lingüísticos o emocionales; uno puede captar cabalmente su indiscutible monotonía sin salir de casa. La naturaleza es vacía y desolada; sólo las mentes pequeñoburguesas ven algo en ella: pobres diablos que tienen que salir a airearse. Por ejemplo, los bosques carecen de cualquier material temático, y cualquier cosa por debajo de los 1.500 metros está más que vista desde que, por un marco, uno ha podido ir a contemplar el Monte Palü en el cine [...] ¡Apartaos de la naturaleza! Confunde vuestros pensamientos y tiene un efecto notoriamente perjudicial sobre vuestro estilo! *Natura...* ¡un nombre femenino, faltaría más! Siempre preocupada por extraer el semen del varón, por copular con él y agotarlo. ¿Pero es natural la naturaleza?

Empieza algo y lo abandona: inicios, y otras tantas interrupciones, cambios de dirección, fracasos, contradicciones, cosas que se inflaman, muertes sin sentido, experimentos, juegos, apariencias de realidad... ¡un ejemplo de manual de lo antinatural! Y también es extraordinariamente laboriosa, subiendo y bajando la colina una y otra vez: ascensiones que siempre se cancelan mutuamente, vistas despejadas en derredor que continuamente se difuminan, perspectivas desconocidas hasta el momento y al cabo olvidadas... trucos estúpidos, en otras palabras.

Si alguien utiliza la palabra "naturaleza", inmediatamente se plantea la pregunta: ¿qué *modelo cultural* de "naturaleza" es el que se da por supuesto? ¿La naturaleza "dominada", explotada hasta el agotamiento por la industria? ¿O la vida rural de los años cincuenta (tal como se contempla hoy retrospectivamente, o tal como la contemplaban entonces las personas que vivían en el campo)? ¿La soledad de las montañas antes de que existiera una guía titulada *Paseos en las montañas solitarias*? ¿La naturaleza de las ciencias naturales? ¿O la que se vende en los folletos turísticos del supermercado? ¿La visión "realista" del hombre de negocios, según la cual las intervenciones industriales sobre la naturaleza siempre pueden repararse plenamente? ¿O la visión de las personas "sensibles", conmovidas por la naturaleza, que consideran que incluso las intervenciones a pequeña escala puede causar daños irreparables?

Por tanto, la propia naturaleza no es naturaleza: es un concepto, una norma, un recuerdo, una utopía, un plan alternativo. Hoy más que nunca. La naturaleza está siendo redescubierta, mimada, en un momento en el que ya no existe. El movimiento ecologista está reaccionando al estado global de fusión contradictoria de naturaleza y sociedad que ha superado ambos conceptos en una relación de vínculos y perjuicios mutuos del que todavía no tenemos una idea, por no decir un concepto.

En el debate ecologista, los intentos de utilizar la naturaleza como una bandera contra su propia destrucción se basan en una *falacia naturalista*. Pues la naturaleza invocada ya no existe (Oechsele, 1988; Beck, 1992, p. 81; 1995, pp. 58-72). Lo que existe, y lo que crea semejante inquietud política, son formas diferentes de socialización y diferentes mediaciones simbólicas de la naturaleza (y de la destrucción de la naturaleza). Son esos *conceptos culturales* de la naturaleza, esas concepciones opuestas de la naturaleza y de sus tradiciones culturales (nacionales) los que, tras las discusiones entre los expertos y las fórmulas y peligros técnicos, tienen una influencia determinante sobre los conflictos ecológicos en Europa, así como entre Europa y los países del "Tercer Mundo" y dentro de esos mismos países².

Pero si la naturaleza "en sí" no puede constituir la referencia analítica para la crisis ecológica y para una crítica del sistema industrial, ¿qué puede desempeñar ese papel? Son posibles varias respuestas. La más común es: la *ciencia* de la naturaleza. Se supone que fórmulas técnicas —toxicidad del aire, agua y alimentos, modelos climatológicos, o bucles de realimentación del ecosistema establecidos según modelos cibernéticos— son decisivas para calibrar si el daño y la destrucción son tolerables. Este enfoque tiene al menos tres inconvenientes. En primer lugar, conduce directamente a la "ecocracia", que difiere de la tecnocracia en su mayor extensión de poder (gestión global), coronada por una buena conciencia característica.

En segundo lugar, ignora la importancia de las percepciones culturales y del conflicto y diálogo intercultural. Pues los mismos peligros se presentan a una persona como dragones y a otra como gusanos. El mejor ejemplo es la evaluación de los peligros de la energía nuclear. Par nuestros vecinos franceses, las centrales nucleares simbolizan el culmen de la modernidad; los adultos acuden a ellas con sus hijos, en reverencial peregrina-

ción, durante los días festivos. Entre tanto, al otro lado de la frontera, el gobierno alemán está cambiando de política para salir de la era atómica.

En tercer lugar, los enfoques de la ciencia natural de las cuestiones ecológicas implican una vez más modelos culturales ocultos de la naturaleza (por ejemplo, el modelo característico de los sistemas científicos, que difiere claramente del modelo anterior de conservación natural).

Como es natural, todo el mundo tiene que pensar en los conceptos de la ciencia natural simplemente para percibir el mundo como ecológicamente amenazado. La conciencia ecológica cotidiana es, por tanto, el reverso exacto de cierta conciencia "natural": es una visión totalmente científica del mundo, en la que fórmulas químicas determinan el comportamiento cotidiano³.

Y, sin embargo, ninguna clase de expertos podrá responder jamás a esta pregunta: ¿cómo queremos vivir? Lo que la gente está dispuesta o no a aceptar no se deriva de ningún diagnóstico técnico o ecológico de los peligros, sino que, antes bien, debe convertirse en objeto de diálogo global entre culturas. Y es esto lo que parece como objetivo en una segunda perspectiva, asociada con la ciencia de la *cultura*. Aquí, la escala y urgencia de la crisis ecológica varía conforme a percepciones y evaluaciones intraculturales e interculturales.

¿Qué tipo de verdad es, podríamos preguntar con Montaigne, la que acaba en la frontera con Francia y a partir de ahí se considera una mera ilusión? Podría parecer que los peligros no existen "en sí mismos", con independencia de nuestras percepciones. Sólo se convierten en una cuestión política cuando la gente es, en general, consciente de ellos; son constructos sociales que se definen, ocultan o dramatizan estratégicamente en la esfera pública con la ayuda de material científico sumi-

nistrado a tal efecto. No es casualidad que hayan sido dos antropólogos sociales anglosajones —Mary Douglas y Aaron Wildavsky— quienes hayan desarrollado ese análisis desde que se publicó su libro *Risk and Culture* en 1982. Douglas y su coautor sostienen en él (como ataque a la conciencia ecológica en auge) que no hay ninguna diferencia sustantiva entre los peligros que se planteaban en la historia temprana y los de la civilización desarrollada, excepto en el modo de la percepción cultural y en el modo en el que ésta se ha organizado en una sociedad mundial.

Por verdadera e importante que pueda ser esa concepción, no acaba de resultar satisfactoria. En primer lugar, subraya (los errores de) la sociología del "no hay más que sociedad", que ignora el "y" característico de la inmaterialidad del riesgo (definición social) y la materialidad (producto de la acción). En segundo lugar, sabemos que la gente de la Edad de Piedra no tenía la capacidad para la aniquilación nuclear y ecológica, y que los peligros que plantean los demonios al acecho no tienen la misma dinámica política que los peligros de la autodestrucción ecológica⁴ fabricados por el hombre.

EL DEBATE REALISMO-CONSTRUCTIVISMO

Es aquí donde empieza la teoría de la sociedad del riesgo global. Si se pregunta cuál es la justificación de este concepto, son posibles dos respuestas: una *realista* y otra *constructivista* (para una interpretación y crítica, véase Szerszynski *et al.*, 1996; Wynne, 1996a). En la perspectiva realista, las consecuencias y peligros de la producción industrial desarrollada ahora "son" globales. Este "son" se apoya en hallazgos científicos y en los

debates de la destrucción en curso (de la capa de ozono, por ejemplo); el desarrollo de fuerzas productivas está entretejido con el desarrollo de fuerzas destructivas y, en conjunto, ambas generan —a la sombra de efectos colaterales latentes— la novedosa dinámica de conflicto de una sociedad del riesgo global. Esta dinámica se expresa en cosas tales como el desastre de Chernobil, cuando una “nube atómica” aterrizó a toda Europa y obligó a la gente a introducir cambios importantes incluso en su vida privada cotidiana⁵. Pero también se manifiesta en el conocimiento que tiene cualquier lector de periódicos o telespectador maduro de las sociedades industriales de que el envenenamiento del aire, el agua, el suelo, las plantas y los alimentos “no sabe de fronteras”.

En esta perspectiva “realista”, pues, hablar de la sociedad del riesgo global refleja la forzosa socialización global debida a los peligros producidos por la civilización. El nuevo estado del mundo es la base de la creciente importancia de las instituciones transnacionales. A los peligros globales corresponden, “de forma realista”, modelos globales de percepción, foros mundiales de vida y acción públicas, y finalmente —si la supuesta objetividad da el suficiente impulso a la acción— actores e instituciones transnacionales.

El vigor del realismo también puede observarse en su claro “guión” histórico, según el cual el desarrollo de la industria o de la sociedad industrial ha atravesado dos etapas distintas. En la primera, eran las cuestiones de clase o sociales las que tenían una importancia primordial; en la segunda, son las cuestiones ecológicas. Sin embargo, sería excesivamente simple suponer que la ecología ha suplantado a la cuestión de clase; es bastante evidente, y es preciso subrayar, que las crisis ecológicas, del mercado laboral y económicas se solapan y es muy posible que se agraven mutuamente. No obstante, un modelo de fases puede ser más

persuasivo si contrapone el alcance global de las cuestiones ecológicas a las cuestiones de pobreza y clase que dominan la etapa nacional del capitalismo industrial. Pues, de este modo, se invalidan las pautas de conflicto de la sociedad industrial. Asumir la objetividad de los peligros globales es potenciar la construcción de instituciones transnacionales (centralizadas). Este punto de vista, al que frecuentemente se considera sospechoso de ingenuidad, implica —o incluso produce— un considerable impulso de poder para llevar a cabo una política de “desarrollo sostenible”, según se denomina en una nueva frase mágica.

Una visión superficial de estas formas realistas de fundamentar la sociedad del riesgo global basta para mostrar cuán débiles son en realidad. En primer lugar, el punto de vista realista irreflexivo olvida o suprime el hecho de que el “realismo” es conciencia colectiva sedimentada, fragmentada, inducida por los medios de comunicación de masas. Naturalmente, como sostiene Bryan Wynne, el conocimiento público del riesgo muchas veces no es conocimiento experto sino profano, carente de reconocimiento social⁶. Pero las imágenes y símbolos ecológicos no tienen, ni mucho menos, una certidumbre intrínseca: son percibidos, contruidos y mediatizados culturalmente; forman parte del tejido social del conocimiento, con todas sus contradicciones y conflictos (movimientos sociales, televisión, prensa diaria, organizaciones medioambientales, institutos de investigación, etcétera). La potencia definitoria del realismo descansa sobre la exclusión de cuestiones que dicen más en favor de la superioridad interpretativa de los enfoques constructivistas. ¿Cómo se construye realmente, por ejemplo, la autoevidencia prestada de los peligros “realistas”? ¿Qué actores, instituciones, estrategias y recursos son decisivos en su *fabricación*? Sólo cabe plantear con sentido y entender estas preguntas dentro de una perspectiva antirrealista, constructivista.

En una perspectiva social-constructivista, por tanto, el hablar de una "sociedad del riesgo global" no se basa en una globalidad (científicamente diagnosticada) de los problemas, sino en "*coaliciones de discurso transnacionales*" (Hajer, 1996), que plantean dentro del espacio público las cuestiones de una agenda medioambiental global. Hasta los años setenta y ochenta no se forjaron e hicieron poderosas estas coaliciones, y en la década actual —especialmente desde la Cumbre de la Tierra de Río— han empezado a transformar el paisaje temático en torno a los problemas del planeta. Esto, obviamente, requiere la institucionalización del movimiento ecologista y la construcción de redes de actores transnacionales (IUN, WWF, Greenpeace, pero también ministerios de medio ambiente, legislaciones y acuerdos nacionales e internacionales e industrias y "gran ciencia" que intente abordar la gestión global de los problemas mundiales). Y no sólo esto. Tales actores deben tener *éxito* en sus actuaciones, y afirmarse continuamente contra poderosas contra-coaliciones.

Hasta el momento el enfoque global de los problemas —el mismo discurso sobre una sociedad del riesgo global— se ha enfrentado a tres tipos de contraargumento. En primer lugar, se sostiene que el conocimiento (profano y experto) relevante dista de tener claros los peligros globales; muchos se refieren también a las discrepancias entre el estado actual del conocimiento experto y el drama público del peligro y las crisis. En segundo lugar, se critica la definición global de los problemas ambientales como una especie de neoimperialismo ecológico, especialmente por parte de los actores y gobiernos del denominado "Tercer Mundo". Aquí la idea no es únicamente que los estados occidentales pueden asegurarse de ese modo el liderazgo del conocimiento y el desarrollo frente a los países más pobres, sino sobre todo que encubren su responsabilidad básica

en las amenazas mundiales a la civilización. En tercer lugar, se plantea la objeción de que una definición global de las cuestiones ecológicas conduce a una perversión de la "conservación de la naturaleza" en su opuesto, una especie de gestión mundial. Esto a su vez establece nuevos monopolios de conocimiento: los "modelos de circulación global" de alta tecnología del Comité Internacional para el Cambio Climático (IPCC: International Panel for Climate Change) con sus formas incorporadas de política y sus exigencias de interpretación y control disciplinario (especialmente de las ciencias naturales e informáticas).

Además, empieza a ser notorio que el hablar sobre la sociedad del riesgo global no se acompaña de la superación de los conflictos étnico-nacionalistas de percepción y evaluación. Por el contrario, parece acompañar la aparición de nuevos conflictos de este tipo (por ejemplo, sobre los "grados" de peligro, o sobre quién es "responsable", o sobre la necesidad de contramedidas) que sirven para definir los futuros ganadores y perdedores entre las naciones.

Por contradictorios que puedan ser los enfoques esencialista-realista y constructivista en sus métodos y supuestos básicos, están de acuerdo en sus diagnósticos. Pues, de formas diferentes, ambos justifican el hablar de una sociedad del riesgo global. Eso no debería llevarnos en modo alguno a minimizar las diferencias. Es particularmente notable que el realismo enfatiza la sociedad del *riesgo global* y el constructivismo la *sociedad* del riesgo global. En la perspectiva constructivista, los actores transnacionales ya tienen que haber logrado que *se acepte* su política discursiva, de manera que la globalidad de cuestiones ambientales sea decisiva para las percepciones y exigencias de acción sociales. Por el lado "realista", por contraste, esa globalidad se basa *únicamente* en la auto-autoridad ostensible de los peligros objetivos. Podríamos decir que el realismo concibe

la problemática ecológica como "cerrada", en tanto que el constructivismo mantiene en principio su *apertura*. Para uno, son los *peligros* (los escenarios de desastre total) de la sociedad del riesgo global los que constituyen el centro principal de atención; para el otro, son las *oportunidades*, los contextos en los que actúan los actores. Para uno, los peligros globales deben dar lugar antes que nada a instituciones y tratados internacionales. Para el otro, el hablar sobre los peligros ambientales ya supone coaliciones supranacionales de discurso comprometidas en una acción con éxito.

Pero aquí se plantea otra pregunta. ¿De verdad es cierto que el realismo y el constructivismo, en sus enfoques de la sociedad del riesgo global y en sus modos de explicarla, son en cualquier aspecto mutuamente excluyentes? Eso sólo es así en la medida en que se suponga que ambas partes actúan *ingenuamente*. Pues de igual modo que existe una creencia en que la naturaleza y la realidad simplemente existen como tales, en el constructivismo puro existe también una creencia que no es más que constructivista. En tanto que permanezcamos en este nivel, no lograremos reconocer el contenido interpretativo del *realismo reflexivo*, y, por tanto, su papel potencial en las *estrategias de poder*. Semejante realismo reflexivo sí investiga en las fuentes que hacen que los "constructos de realidad" se conviertan en "realidad"; investiga cómo se produce la autoevolución, cómo se limitan las preguntas, cómo se encierran en cajas negras interpretaciones alternativas, etcétera.

Si uno desconfía de las meras contraposiciones, es posible contraponer o yuxtaponer el realismo "reflexivo" y el constructivismo "ingenuo". El constructivismo ingenuo es incapaz de ver el juego del realismo constructivista, por lo que permanece restringido a lo que podría denominarse una mala interpretación realista de su mero constructivismo. No logra reconocer que

las construcciones de la realidad con vocación de perdurar (y de guiar la acción) deben cancelar ese mismo carácter de construcción, pues de otro modo se construirán como *construcciones* de la realidad y no como *realidad*. De forma similar, el constructivismo ingenuo no capta la materialidad o compulsividad característica de los peligros globales, que es en cualquier aspecto tan poderosa como las limitaciones económicas. Los análisis constructivistas, si son ciegos a la diferencia entre la destrucción como un *evento* y el *hablar* sobre ese evento, pueden subestimar cognitivamente los peligros. Pues es posible que, al no tomar en consideración los "elementos cognitivos", pasen por alto el hecho de que los peligros tienen efectos destructivos, dolorosos y desintegradores y, por tanto, un significado caótico-diabólico.

¿Cómo se construye socialmente —y reconstruye sociológicamente— la distinción naturaleza-sociedad?

Algunos programas de investigación sociológica con puntos de partida diferentes están trabajando en cómo superar este viejo dualismo entre naturaleza y sociedad al mismo tiempo que se redefine y reconceptualiza en el sentido de relaciones sociales simbólicamente mediadas con la naturaleza.

Desde un contexto de investigación científica y tecnológica, Bruno Latour (1993) y Donna Haraway (1991) han sugerido renunciar al dualismo naturaleza-sociedad en favor de una *sociología de los artefactos* o —por utilizar su término— de los *híbridos*. A la pregunta de que qué tiene que sustituir la distinción básica entre sociedad y naturaleza (sociedad y técnica), Latour y Haraway responden: la nueva unidad de su indiscernibilidad. Aunque pueden detallar qué quieren decir de forma

bastante convincente en *términos negativos*, no ocurre lo mismo cuando se trata de su significado positivo. El lector se queda con el sentimiento del ángel de la parábola de Walter Benjamin. Para descifrar el significado del texto, todo lo que se puede hacer es dar la espalda al viento de los argumentos. Si se desea saber y entender más, es preciso acudir, por ejemplo, a los estudios empírico-históricos de Latour respecto a la teoría del actor-red⁷.

En el ámbito de las investigaciones de género, recientemente han aparecido varios intentos, genuinamente competitivos, de elaborar una "*eco-sociología feminista*". Lo que tienen en común es que asumen una relación especial entre la mujer y la naturaleza: implicando "especial" un concepto de lo "normal" o de "lo otro". Esto se encuentra en la relación, determinada patriarcalmente, entre hombre y naturaleza. El dominio técnico-industrial de la naturaleza tiene, por tanto, su paralelo (¿su base?) en el dominio de los hombres sobre las mujeres, y el primero sólo puede erradicarse junto con el último. La relación especial entre la mujer y la naturaleza se concibe en términos esencialistas, constructivistas o como una combinación de ambos. En cualquier caso, son las mujeres quienes —no en última instancia debido a su experiencia de la maternidad— parecen estar más cercanas a la naturaleza. Esto se interpreta en ocasiones de forma simbólica o espiritualista: por ejemplo, en el sentido de que «las mujeres siempre han pensado como las montañas» (Doubiago, 1989, p. 41).

En opinión de Charlene Spretnak (1989, pp. 128 s.), las experiencias de las mujeres que viven juntas apuntan a:

Las verdades del naturalismo y las proclividades holísticas de las mujeres [...] No me refiero "simplemente" a nuestro poder para formar personas a partir de nuestra misma carne y sangre y a alimentarlos

luego con nuestros pechos [...] Me refiero a que hay muchos momentos en la vida de una mujer en los que obtiene conocimiento vivencial, en una poderosa unión cuerpo/mente, de las verdades holísticas de la espiritualidad.

Ynestra King (1982, pp. 22 s.) transforma esta perspectiva esencialista. Asumiendo que la supuesta proximidad de las mujeres a la naturaleza es un constructo social, las feministas tienen tres opciones. En primer lugar, las mujeres se pueden integrar en el mundo de los hombres, con lo que se corta el lazo entre mujer y naturaleza. En segundo lugar, las mujeres pueden fortalecer ese lazo. Y en tercer lugar:

Aunque el dualismo naturaleza-cultura es un producto de la cultura, podemos no obstante *elegir conscientemente* no cortar el nexo mujer-naturaleza al unirnos a la cultura masculina. En lugar de eso, podemos utilizarlo como un lugar privilegiado para crear un tipo diferente de cultura y política que integraría las formas intuitivas, espirituales y racionales del conocimiento, abarcando a la ciencia y a la magia en la medida en que nos permiten transformar la distinción naturaleza-cultura e imaginar y crear una sociedad libre y ecológica.

En un enfoque que combina la sociología de la tecnología con la ecología feminista, Donna Haraway (1991, p. 150) ha demostrado con gran fuerza intelectual y política cómo las fronteras tradicionales entre los sexos (así como entre la naturaleza y la cultura, el hombre y el animal, el hombre y la máquina) están, en general, desvaneciéndose bajo la influencia de la informática y de las biotecnologías. Haraway sostiene que esto no debería lamentarse como pérdida, sino aprovecharse como oportunidad para sentir «el placer de la confusión de fronteras y de la responsabilidad de su construcción».

Como muestra tan convincentemente la obra de Barbara

Adam (1995, 1996, 1998), el centrarse de forma explícita en el *tiempo social* profundiza los análisis ecofeministas y enfatiza la aculturación de la naturaleza.

Como la ritmicidad y la sincronización, el crecimiento y la corrupción, el "tiempo natural" está implicado en el ser y devenir, en la experiencia y en el conocimiento humanos. Como la memoria y la anticipación, constituye nuestro horizonte temporal. Como medida física y fuente de sincronización, forma parte integrante de la organización social y de la regulación de la actividad cultural. Como máquina exteriorizada, el tiempo está vinculado a la producción industrial, al papel del intercambio abstracto de valor y al control social del tiempo. Reconocernos como quienes han desarrollado y, por tanto, quienes *son* y quienes *crean* los tiempos de la naturaleza, permite que los aspectos contruidos y simbolizados se conviertan para la humanidad en una expresión entre otras (Adam, 1996, p. 92).

Los significados y dimensiones del tiempo "natural" y "social" vinculan las perspectivas realista y constructivista de forma sumamente reflexiva.

Partiendo de la teoría del capitalismo tardío, algunos autores que trabajan en la investigación teórica y empírica en el campo de la *ecología social* han identificado lo que denominan una *crisis social en la relación con la naturaleza*. Aunque manifestándose en contra de las vías muertas del naturalismo y del sociocentrismo, intentan no obstante combinar los logros de ambos. Ni los problemas materiales susceptibles de descripción por las ciencias naturales, ni el (sobre-)modelado simbólico-cultural de la destrucción natural que tanto enfatiza el constructivismo pueden por sí solos constituir el núcleo de la crisis ecológica. Lo que tiene una importancia central, sostienen, es que estos enfoques y certidumbres, aparentemente excluyentes, deberían considerarse de forma conjunta y combinarse en la

investigación concreta, con todos los conflictos, históricamente inevitables, entre las disciplinas científicas.

Por tanto, el enfoque socioecológico trata de resolver el dilema del naturalismo o sociocentrismo mediante la interacción de diferentes formas de *ciencia y conocimiento*.

Los rasgos distintivos de este enfoque son, en primer lugar, que, entre un determinado número de relaciones naturales diferentes, cada una de ellas se capte como campo específico por el que combatir; en segundo lugar, que su manipulación científica se vincule a la demanda de una nueva *interdisciplinaridad*, una nueva relación entre las ciencias naturales y sociales; en tercer lugar, que la pluralidad esté integrada en un modelo explicativo general de la sociedad, un modelo de «núcleo transformacional y envoltura cultural» (Scharping y Görg, 1994, p. 190; véase también Becker, 1990).

Sin embargo, para que puedan ser adecuadamente entendidos y evaluados, estos tres temas de una «crisis de las relaciones sociales con la naturaleza» tendrían que formularse y traducirse dentro del contexto de la investigación (social-)científica.

El esencialismo presente al hablar sobre la naturaleza y la destrucción de la naturaleza se sustituye aquí por el correspondiente *conocimiento experto y antiexperto*: tal es la opinión de Bryan Wynne y Maarten Hajer. Este último, sobre todo al criticar el discurso angloamericano y la teoría cultural, ha desarrollado un enfoque a esta dimensión del conocimiento que es más radical tanto desde el punto de vista político como analítico. Por paradójico que pueda parecer, el contenido naturalista-esencialista presente al hablar sobre «la destrucción de la naturaleza» se transforma de este modo en una *teoría de los actores y las instituciones referida a la acción*. En el centro de la cuestión se encuentran ahora «*coaliciones de discursos*» que se extienden a través de las fronteras de clases, estados naciones y sistemas.

Adam (1995, 1996, 1998), el centrarse de forma explícita en el *tiempo social* profundiza los análisis ecofeministas y enfatiza la aculturación de la naturaleza.

Como la ritmicidad y la sincronización, el crecimiento y la corrupción, el "tiempo natural" está implicado en el ser y devenir, en la experiencia y en el conocimiento humanos. Como la memoria y la anticipación, constituye nuestro horizonte temporal. Como medida física y fuente de sincronización, forma parte integrante de la organización social y de la regulación de la actividad cultural. Como máquina exteriorizada, el tiempo está vinculado a la producción industrial, al papel del intercambio abstracto de valor y al control social del tiempo. Reconocernos como quienes han desarrollado y, por tanto, quienes *son* y quienes *crean* los tiempos de la naturaleza, permite que los aspectos contruidos y simbolizados se conviertan para la humanidad en una expresión entre otras (Adam, 1996, p. 92).

Los significados y dimensiones del tiempo "natural" y "social" vinculan las perspectivas realista y constructivista de forma sumamente reflexiva.

Partiendo de la teoría del capitalismo tardío, algunos autores que trabajan en la investigación teórica y empírica en el campo de la *ecología social* han identificado lo que denominan una *crisis social en la relación con la naturaleza*. Aunque manifestándose en contra de las vías muertas del naturalismo y del sociocentrismo, intentan no obstante combinar los logros de ambos. Ni los problemas materiales susceptibles de descripción por las ciencias naturales, ni el (sobre-)modelado simbólico-cultural de la destrucción natural que tanto enfatiza el constructivismo pueden por sí solos constituir el núcleo de la crisis ecológica. Lo que tiene una importancia central, sostienen, es que estos enfoques y certidumbres, aparentemente excluyentes, deberían considerarse de forma conjunta y combinarse en la

investigación concreta, con todos los conflictos, históricamente inevitables, entre las disciplinas científicas.

Por tanto, el enfoque socioecológico trata de resolver el dilema del naturalismo o sociocentrismo mediante la interacción de diferentes formas de *ciencia y conocimiento*.

Los rasgos distintivos de este enfoque son, en primer lugar, que, entre un determinado número de relaciones naturales diferentes, cada una de ellas se capte como campo específico por el que combatir; en segundo lugar, que su manipulación científica se vincule a la demanda de una nueva *interdisciplinaridad*, una nueva relación entre las ciencias naturales y sociales; en tercer lugar, que la pluralidad esté integrada en un modelo explicativo general de la sociedad, un modelo de «núcleo transformacional y envoltura cultural» (Scharping y Görg, 1994, p. 190; véase también Becker, 1990).

Sin embargo, para que puedan ser adecuadamente entendidos y evaluados, estos tres temas de una «crisis de las relaciones sociales con la naturaleza» tendrían que formularse y traducirse dentro del contexto de la investigación (social-)científica.

El esencialismo presente al hablar sobre la naturaleza y la destrucción de la naturaleza se sustituye aquí por el correspondiente *conocimiento experto y antiexperto*: tal es la opinión de Bryan Wynne y Maarten Hajer. Este último, sobre todo al criticar el discurso angloamericano y la teoría cultural, ha desarrollado un enfoque a esta dimensión del conocimiento que es más radical tanto desde el punto de vista político como analítico. Por paradójico que pueda parecer, el contenido naturalista-esencialista presente al hablar sobre «la destrucción de la naturaleza» se transforma de este modo en una *teoría de los actores y las instituciones referida a la acción*. En el centro de la cuestión se encuentran ahora «*coaliciones de discursos*» que se extienden a través de las fronteras de clases, estados naciones y sistemas.

Son, por decirlo así, arquitectos del paisaje discursivo: crean, diseñan y modifican los "mapas cognitivos", los "guiones" o los "tabúes". La realidad se convierte, en sentido estricto, en el proyecto y el producto de la acción, de manera que asume una importancia considerable una ambigüedad, durante mucho tiempo no clarificada, en el discurso sobre la "producción" o la "fabricación" [*Herstellen*] de la realidad. Pues el énfasis principal en este tipo de discurso puede ser *cognitivo* (en cuyo caso se refiere *únicamente* a la construcción del conocimiento) o puede recaer más estrictamente sobre la *acción* (decisión, trabajo, producción material [*Produktion*]) y, por tanto, sobre la transformación o configuración de las realidades. Frecuentemente puede ser muy difícil en casos concretos desmarcar estos dos aspectos de la producción. Muchas veces puede ser muy difícil, en casos concretos, demarcar estos dos aspectos de la producción [*Herstellen*], pero se refieren a formas diferentes de "creación de la realidad"; de la "configuración del mundo". El logro de Hajer es, entre otras cosas, haber corregido el sesgo cognitivo del discurso y de la teoría cultural dentro de una perspectiva de acción-institución. Ya no se trata simplemente de cómo se construyen las realidades en la sociedad del riesgo global (por ejemplo, en la esfera pública, mediante la información sobre los peligros de los medios de comunicación); se trata también de cómo la realidad en sí es (re-)producida por políticas y coaliciones de discurso dentro de contextos institucionales de decisión, acción y trabajo.

Las "construcciones de la realidad" pueden, por expresarlo así, distinguirse según su mayor o menor contenido de "realidad". Cuanto más cercanas estén a instituciones o dentro de las instituciones (entendiendo por éstas la institucionalización de las prácticas sociales), tanto más poderosas son y tanto más cercanas están a la decisión y a la acción, y, por tanto, más

"reales" devienen o parecen. El esencialismo, cuando es iluminado por la sociología del conocimiento, se transforma en una especie de institucionalismo estratégico orientado al poder y a la acción. En una civilización mundial que lo disuelve todo en decisiones, la realidad en sí se deriva de poderosas estructuras de acción, rutinas de decisión y trabajo profundamente arraigadas, en las que se "realizan" o simplemente se redibujan los mapas cognitivos. La forma tan directa en que la gente habla hoy en la vida cotidiana de la "naturaleza" y de la "destrucción de la naturaleza" puede indicar una estrategia paradójica de construcción de la deconstrucción. De este modo se destruye (en mayor o menor medida) reflexiva y poderosamente la impresión de que este discurso ha sido construido, produciéndose la apariencia de realidad en sí.

Maarten Hajer sólo se refiere a estas cuestiones en lo concerniente a la posibilidad de las construcciones (por tanto deconstruidas) "realmente reales" de la realidad social. Pero en diversos estudios comparativos internacionales, expone e ilustra toda una serie de estrategias discursivas (políticas): la política simbólica de las modas pasajeras; la definición selectiva de determinados temas y cuestiones como "únicos"; los intentos de inspirar confianza mediante una representación visual de las amenazas; la construcción discursiva de macroactores; las construcciones sociales del desconocimiento; el uso de procesos de "opacamiento" (especialmente importante como una medida de ejercicio de poder) para producir verdades autoevidentes que devienen realmente autoevidentes; el trazar analogías funcionales para encubrir contradicciones, creando de este modo la apariencia de integrabilidad, etcétera. «En mis términos, la crisis ecológica es, pues, un "discurso de autoconfrontación" que exige una reconsideración de las prácticas institucionales que lo han producido»⁸.

Riesgos inasegurables

Teniendo en cuenta estos aspectos, la teoría de la sociedad del riesgo global puede concretarse algo más. Comparte la despedida al dualismo sociedad-naturaleza que Bruno Latour, Donna Haraway y Barbara Adam desarrollan con tanta competencia intelectual. La única pregunta es: ¿cómo podemos manejar la naturaleza *después* de su fin? Esta pregunta, que tanto el ecofeminismo como la teoría de la crisis de las relaciones social-naturales tratan de iluminar de formas diversas, es desarrollada por la teoría de la sociedad del riesgo global (que recoge el giro político-institucional de Hajer a la teoría del discurso) en la dirección del *constructivismo institucional*. La "naturaleza" y la "destrucción de la naturaleza" son producidas institucionalmente y definidas (en los "conflictos entre profanos y expertos") dentro de la naturaleza interiorizada industrialmente. Su contenido esencial se correlaciona con la capacidad institucional de actuar y modelar. La producción y la definición son, pues, dos aspectos de la "producción" material y simbólica de la "naturaleza y de la destrucción de la naturaleza"; cabría decir que se refieren a coaliciones de discurso dentro y entre redes de acción bastante diferentes y, en última instancia, de alcance mundial. Futuras investigaciones tendrán como tarea examinar detalladamente *cómo* —y con qué recursos y estrategias discursivas e industriales— se producen, suprimen, normalizan e integran estas diferencias en la "naturalidad" de la naturaleza, en su "destrucción" y "renaturalización" en las instituciones y en el conflicto entre actores cognitivos.

La teoría de la sociedad del riesgo global traduce la pregunta por la destrucción de la naturaleza en otra pregunta. ¿Cómo aborda la sociedad moderna las incertidumbres fabricadas au-

togeneradas? Lo esencial de esta fórmula es distinguir entre los *riesgos* que dependen de decisiones, y que en principio pueden controlarse, y *peligros* que han escapado o neutralizado los requisitos de control de la sociedad industrial. Este último proceso puede adoptar dos formas al menos.

En primer lugar, las normas e instituciones desarrolladas dentro de la sociedad industrial pueden fallar: el cálculo de riesgos, el principio de asegurabilidad, el concepto de prevención de accidentes y desastres, las medidas profilácticas (Ewald, 1991; Bonss, 1995). ¿Existe un indicador claro de que esto sea así? Sí, existe. Las industrias y tecnologías controvertidas frecuentemente son aquellas que no sólo no cuentan con un seguro privado, sino que de ninguna forma pueden acceder a él. Éste es el caso de la energía atómica, la ingeniería genética (incluida la investigación) e incluso sectores de alto riesgo de la producción química. Lo que es palmario para los conductores —no utilizar el coche sin la cobertura de un seguro— parece haber sido tranquilamente desdeñado por sectores industriales enteros y por las nuevas tecnologías, ámbitos en los que, simplemente, los peligros plantean demasiados problemas. En otras palabras, existen "pesimistas tecnológicos", dignos de todo crédito, que no están de acuerdo con el juicio de los técnicos y las autoridades relevantes respecto al carácter inofensivo de sus productos o tecnologías. Estos pesimistas son los agentes de seguros y las compañías de seguros, cuyo realismo económico les impide tener relación alguna con un supuesto "riesgo cero". La sociedad del riesgo global, pues, avanza haciendo equilibrios *más allá de los límites de la asegurabilidad*. O, a la inversa, los criterios que la modernidad industrial utiliza para cubrir los peligros que genera ella misma pueden convertirse en normas para la crítica⁹.

En segundo lugar, el modelo de decisiones de la sociedad industrial y la globalidad de sus consecuencias agregadas varía

entre dos épocas diferenciadas. En la medida en que las decisiones ligadas a la dinámica científica, técnico-económica siguen organizándose en el nivel del estado-nación y la empresa individual, las amenazas resultantes nos convierten a todos en miembros de una sociedad del riesgo global. En el sistema del industrialismo desarrollado del peligro nada puede hacerse en el nivel nacional para garantizar la salud y la seguridad de los ciudadanos. Ésa es una de las lecciones esenciales de la crisis ecológica. Con la aparición del discurso ecológico, todos los días se habla sobre el fin de la "política exterior", el fin de los "asuntos internos de otro país", el fin del estado nacional. Aquí podemos observar directamente una de las estrategias centrales de la producción de diferencia y de la falta de diferencia. Las normas establecidas de atribución y responsabilidad —causalidad y culpa— se derrumban. Esto significa que aplicarlas a pesar de todo en la administración, la gestión y la terminología legal produce ahora el resultado opuesto: los peligros aumentan debido a que se hacen anónimos. Las antiguas rutinas de decisión, control y producción (en el derecho, la ciencia, la administración, la industria y la política) causan la destrucción material de la naturaleza y su normalización simbólica. Ambos procesos se complementan y acentúan mutuamente. En concreto, no es la ruptura de las normas, sino que son las propias normas las que "normalizan" la muerte de especies, ríos o lagos.

El concepto de "irresponsabilidad organizada" indica el movimiento circular entre la normalización simbólica y las permanentes amenazas y destrucción materiales. La administración del estado, la política, la gestión industrial y la investigación negocian los criterios que determinan qué ha de considerarse "racional y seguro": con el resultado de que el agujero en la capa de ozono aumenta, las alergias se extienden masivamente, etcétera.

Al lado (e independientemente) de su explosividad física, la acción discursivo-estratégica tiende a hacer *políticamente* explosivos los peligros normalizados en el círculo de legitimación de la administración, la política, el derecho y la gestión, que se extienden de forma incontrolable hasta alcanzar dimensiones globales. Podríamos decir, tanto con como contra Max Weber, que la burocracia intencional-racional transforma la culpa compartida por todos en exculpación y, por tanto, como consecuencia no deseada, amenaza la base misma de su pretensión de control racional.

De este modo, la teoría de la sociedad del riesgo global sustituye el discurso sobre la "destrucción de la naturaleza" por la siguiente idea clave. La conversión de los efectos colaterales invisibles de la producción industrial en conflictos ecológicos globales críticos no es, en sentido estricto, un problema del mundo que nos rodea —no es lo que se denomina un "problema medioambiental"— sino, antes bien, *una profunda crisis institucional de la primera fase (nacional) de la modernidad industrial* ("modernización reflexiva"). En tanto que estos nuevos desarrollos sigan captándose dentro del horizonte conceptual de la sociedad industrial, seguirán percibiéndose como efectos colaterales negativos de una acción aparentemente calculable y respecto a la que, aparentemente, pueden exigirse responsabilidades ("riesgos residuales"), en vez de como tendencias que están erosionando el sistema y deslegitimando las bases de la racionalidad. Su principal relevancia política y cultural sólo se evidencia en el concepto y desde el punto de vista privilegiado de la sociedad del riesgo global, desde donde pueden llamar la atención sobre la necesidad de una autodefinition (y redefinición) reflexiva del modelo de modernidad occidental.

En la fase del discurso sobre la sociedad del riesgo global puede llegar a aceptarse que las amenazas generadas por el

desarrollo tecnológico industrial —medido de acuerdo con los criterios institucionales existentes— no son ni calculables ni controlables. Esto obliga a la gente a reflexionar sobre las bases del modelo democrático nacional y económico de la primera modernidad y a examinar las institucionales dominantes (la exteriorización de los efectos en la economía, el derecho, la ciencia, etcétera) y su devaluación histórica de las bases de la racionalidad. Surge aquí un reto auténticamente global, a partir del cual pueden “forjarse” nuevos conflictos globales críticos e incluso guerras, pero también instituciones supranacionales de cooperación, regulación de los conflictos y construcción de consenso (véase la sección siguiente).

La situación de la economía sufre, pues, un cambio radical. Hubo un tiempo —en el paraíso empresarial del capitalismo temprano— en el que la industria podía lanzar proyectos *sin* someterlos a controles y regulaciones especiales. A continuación vino el período de regulación estatal, en el que la actividad económica sólo fue posible en el marco de la legislación laboral, las normativas de seguridad, acuerdos arancelarios, etcétera. En la sociedad del riesgo global —y éste es un cambio decisivo— todas estas instancias y regulaciones pueden desempeñar su papel, y todos los acuerdos válidos pueden respetarse, sin que de esto se derive ningún tipo de seguridad. Incluso aunque respete las normas, la opinión pública puede poner repentinamente en la picota a un equipo gestor y tildarlo de “cerdos medioambientales”. Los mercados de bienes y servicios se hacen en principio inestables: es decir, quedan fuera del control de las empresas que aplican remedios domésticos. De este modo aparece la inseguridad fabricada en áreas centrales de la acción y la gestión basadas en la racionalidad económica. Las reacciones normales a esto son que se bloquean las exigencias de una reflexión seria y que se condenan como “irracionales” o “histéricas” las tor-

mentas de protestas que se desatan *a pesar de* los acuerdos oficiales. Queda abierta la vía a una serie de errores. Llenos de orgullo por representar la propia Razón en un océano de irracionalidad, la gente cae en la trampa de conflictos de riesgo que son difíciles de controlar (sobre la lógica del conflicto de riesgo, véase Lau, 1989; Nelkin, 1992; Hildebrandt *et al.*, 1994).

En la sociedad del riesgo global, los proyectos industriales se convierten en una empresa *política*, en el sentido de que las grandes inversiones presuponen un consenso a largo plazo. Tal consenso, sin embargo, ya no está garantizado —sino más bien amenazado— por las antiguas rutinas de la simple modernización. Lo que anteriormente podía negociarse e implementarse a puerta cerrada, mediante la fuerza de las limitaciones prácticas (por ejemplo, los problemas de eliminación de residuos e incluso los métodos de producción o el diseño de los productos) queda ahora potencialmente expuesto a la crítica pública¹⁰.

Pues, probablemente, ya no exista incentivo alguno a la antigua “coalición de progreso” de estado, economía y ciencia. Éste es el caso, indudablemente, en el ejemplo más significativo, el del acceso de Los Verdes al gobierno, como ocurrió en Alemania en 1998: la estructura estado-ciencia-economía de la primera modernidad, construida y mantenida en su mayor parte de forma básicamente informal, amenaza entonces con derrumbarse. La consecuencia principal es una politización de suposiciones e instituciones que se daban por descontadas. Por ejemplo, ¿quién tiene que “demostrar” qué en condiciones de incertidumbres fabricadas? ¿Qué debe considerarse una prueba suficiente? ¿Quién tiene que decidir sobre las indemnizaciones? La industria, indudablemente, aumenta la productividad, pero al mismo tiempo corre el riesgo de perder legitimidad. El orden legal ya no garantiza la paz social porque generaliza y legitima las amenazas a la vida... y también a la política.

Una tipología de las amenazas globales

En las aplicaciones de esta teoría pueden distinguirse tres tipos de amenazas globales.

En primer lugar, existen conflictos sobre qué puede denominarse "males" (en oposición a los "bienes"): es decir, destrucción ecológica y peligros tecnológico-industriales *motivados por la riqueza*, tales como el agujero en la capa de ozono, el efecto invernadero o las carestías regionales de agua, así como los riesgos impredecibles que implica la manipulación genética de plantas y seres humanos.

Una segunda categoría, sin embargo, comprende los riesgos que están directamente relacionados con la pobreza. La Comisión Brundtland fue la primera en señalar que la destrucción ambiental no es el único peligro que ensombrece la modernidad basada en el crecimiento, sino que también es cierto exactamente lo contrario: existe una estrecha vinculación entre la pobreza y la destrucción ambiental. «Esta desigualdad es el principal problema "ambiental" del planeta; también es el principal problema del "desarrollo"» (Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, 1987, p. 6). Por consiguiente, un análisis integrado de la vivienda y la alimentación, de la pérdida de especies y recursos genéticos, de la energía, la industria y la población humana muestra que todas estas cosas están mutuamente relacionadas y no pueden tratarse de forma separada.

Michael Zürn (1995, p. 51), de quien hemos tomado las ideas y los datos para esta tipología, escribe:

Entre la destrucción medioambiental como resultado del bienestar y la destrucción medioambiental como resultado de la pobreza existe, sin embargo, una diferencia esencial. Mientras que las amenazas ecológicas causadas por la riqueza se derivan de la *exteriorización de los*

costes de producción, en el caso de la destrucción ecológica motivada por la pobreza son *los pobres quienes se destruyen a sí mismos* con efectos colaterales para los ricos. En otras palabras, la destrucción medioambiental causada por la riqueza se distribuye igualitariamente en todo el mundo, mientras que la destrucción medioambiental causada por la pobreza golpea en lugares concretos y sólo se internacionaliza en forma de efectos colaterales que se manifiestan a medio plazo.

El ejemplo mejor conocido de esto es la tala de los bosques tropicales, de los que se están perdiendo unos 17 millones de hectáreas anualmente. Otros ejemplos son los residuos tóxicos (en ocasiones importados de terceros países) y las tecnologías obsoletas (por ejemplo, en la industria química, nuclear y —en el futuro— genética, así como en la investigación sobre ingeniería genética). Estos peligros son característicos de procesos de modernización iniciados o interrumpidos. Se desarrollan de este modo industrias que tecnológicamente son capaces de amenazar el entorno y la vida humana, en tanto que los países en cuestión no tienen los medios institucionales y políticos para evitar la posible destrucción.

Los peligros ocasionados por la riqueza o por la pobreza son, por expresarlo así, "normales": generalmente surgen de acuerdo con las normas, mediante la aplicación de normas de seguridad que se introdujeron precisamente porque no ofrecen ninguna protección en absoluto o porque están llenas de lagunas. La *tercera* amenaza, sin embargo, la procedente de las *armas de destrucción masiva* NBC (nucleares, biológicas, químicas), se despliega de hecho (en vez de utilizarse con la finalidad de producir terror) en la situación excepcional de guerra. Incluso al finalizar la confrontación entre el Este y Occidente el peligro de la autodestrucción regional o global mediante armas NBC no ha sido de ningún modo exorcizado; por el contrario, ha escapado a la estructura de control del "pacto ató-

mico" entre las superpotencias. Junto a la amenaza de conflicto militar entre estados, ahora también se cierne la amenaza del fundamentalismo o el terrorismo privado. Cada vez es más probable que la posesión privada de armas de destrucción masiva y el potencial que proporcionan para el terror político se convierta en una nueva fuente de peligros en la sociedad del riesgo global.

Estas diversas amenazas globales muy bien pueden complementarse y acentuarse mutuamente: es decir, será necesario considerar la interacción entre la destrucción ecológica, las guerras y las consecuencias de la modernización incompleta. De este modo, la destrucción ecológica puede promover la guerra, bien sea en forma de conflicto armado por recursos vitalmente necesarios, como el agua, o porque los ecofundamentalistas de Occidente exijan el uso de la fuerza militar para detener una destrucción que ya se está produciendo (como la de los bosques tropicales). Es fácil imaginar que un país que vive en creciente pobreza explotará el entorno hasta agotarlo. En casos de desesperación (o como cobertura política de la desesperación) puede producirse un intento militar de hacerse con recursos vitales para la existencia de otro país. O la destrucción ecológica (por ejemplo, la inundación de Bangladesh) puede desencadenar la emigración masiva, que a su vez lleva a la guerra. O, una vez más, los estados amenazados con la derrota en la guerra pueden recurrir al "arma última" de volar las plantas nucleares o químicas de su país o de otras naciones para amenazar a las regiones y ciudades vecinas con la aniquilación. Nuestra imaginación no tiene límites para los escenarios de horror que pueden desencadenar las diversas amenazas en su relación mutua. Zürn habla de una "espiral de destrucción" que podría desarrollarse en una gran crisis en la que convergieran todos los demás fenómenos de crisis¹¹.

Todo esto confirma el diagnóstico de una sociedad del riesgo global. Pues las denominadas "amenazas globales" han conducido a un mundo en el que se ha erosionado la base de la lógica establecida del riesgo y en el que prevalecen peligros de difícil gestión en lugar de riesgos cuantificables. Los nuevos peligros están eliminando los cimientos convencionales del cálculo de seguridad. Los daños pierden sus límites espacio-temporales y se convierten en globales y duraderos. Ya es a duras penas posible responsabilizar a individuos concretos de tales daños: el principio de culpabilidad ha ido perdiendo su eficacia. En numerosas ocasiones, no pueden asignarse compensaciones financieras a los daños causados; no tiene sentido asegurarse contra los peores efectos posibles de la espiral de amenazas globales. Por tanto, no existen planes para la reparación en el caso de que ocurra lo peor.

Considerando así las cosas, está claro que no existen amenazas globales como tales; antes bien, están cargadas y mezcladas con los conflictos étnicos, nacionales y de recursos que han azotado al mundo sobre todo después del fin de la confrontación Oriente-Occidente, hasta el punto en que se han hecho irreconocibles. Ésta es una de las observaciones aportadas por Eva Senghaas-Knobloch. En las repúblicas pos-soviéticas, el diagnóstico despiadado de la destrucción medioambiental va acompañado de la crítica política de la explotación imperial de los recursos naturales. El hablar del "suelo nativo" se convierte, en este sentido, en una reivindicación de los recursos naturales y la soberanía nacional.

No es una casualidad que los movimientos militantes separatistas que buscan la autonomía en las antiguas repúblicas de la Unión Soviética (igual que ocurre en Bretaña, Occitania o Córcega) generalmente se aglutinen en torno a dos temas: el idioma y la conservación del entorno

natural. Ambos son temas de protección de la patria nativa, que se dirigen ante todo contra las consecuencias de un modelo de crecimiento industrial que se experimenta como económicamente injusto pero que también está asociado a cuestiones de identidad cultural [...] Las nuevas líneas de conflicto [...] ya no se establecen primordialmente a lo largo del eje "ganador con el riesgo"/"perdedor con el riesgo". En la medida en que ese eje tenga algún tipo de sentido, se trata más bien de una cuestión de flujos masivos de refugiados, que subsiguientemente pueden contribuir a nuevos conflictos sociales, políticos y culturales. La conciencia del daño medioambiental y de las amenazas a las condiciones naturales de vida está regional y localmente ligada a las aspiraciones de autonomía y las demandas de justicia. Especialmente en las regiones en las que todavía no se ha podido desarrollar una "sociedad civil" autónoma (sobre todo en las "sociedades estatales" del antiguo bloque del Este), esta conexión puede abocar a la saturación de las amenazas globales con conflictos étnico-nacionalistas, parcialmente militantes, separatistas (Senghaas-Knobloch, 1992, p. 66).

LA APARICIÓN DE UNA OPINIÓN PÚBLICA MUNDIAL Y DE UNA SUBPOLÍTICA GLOBAL

El concepto de "subpolítica"

Cuando hablamos de una *sociedad* del riesgo global, es también necesario decir que las amenazas globales motivan o motivarán a la gente a actuar. Caben aquí dos perspectivas (ámbitos o actores) distintas: en la primera, tenemos la globalización *desde arriba* (por ejemplo, mediante tratados e instituciones internacionales); en la segunda, la globalización *desde abajo* (por ejemplo, a través de nuevos actores transnacionales que operan al margen del sistema de política parlamentaria y desafían las or-

ganizaciones políticas y los grupos de intereses establecidos). Existen importantes manifestaciones de ambos tipos de globalización. Así, puede demostrarse que la mayoría de los acuerdos internacionales sobre el medio ambiente se han alcanzado en un período extraordinariamente breve: de hecho, a lo largo de los últimos veinte años (sobre la cuestión de las condiciones básicas en las que establecen las regulaciones internacionales, véase Zürn, 1995, pp. 49-56).

Richard Falk identifica cierto número de ámbitos políticos en los que la globalización desde arriba se negocia e impulsa:

La respuesta a las amenazas a las reservas estratégicas de petróleo en Oriente Medio, los esfuerzos por ampliar el marco del GATT, la aplicación coercitiva del régimen de no proliferación nuclear, la contención de la migración sur-norte y de los flujos de refugiados [...] Las implicaciones legales de la globalización desde arriba tenderían a suplantarse el derecho interestatal por una especie de derecho global, derecho que, sin embargo, está en conflicto en la mayoría de sus aspectos con el "derecho de humanidad" (Falk, 1994, p. 137).

Apenas es necesario seguir esforzándose en demostrar que, en el campo de la política medioambiental global, hasta ahora se ha logrado poco más, en el mejor de los casos, que proverbiales gotas de agua en el océano. Sin embargo, al mismo tiempo los diversos movimientos espectaculares de boicoteo que se han desarrollado en todo el mundo trascendiendo la diversidad cultural han evidenciado que la impotencia de la política para tratar con el bloque industrial es una impotencia referida al escenario clásico, dado que han aparecido en escena poderosos actores de una globalización *desde abajo*, especialmente organizaciones no gubernamentales (ONG) como Robin Wood, Greenpeace, Amnistía Internacional o Terre des Hommes. La ONU calcula que existen ahora unos 50.000 grupos de

este tipo en el mundo, dato que no es demasiado revelador porque cada uno de ellos, o casi cada uno de ellos, es diferente de los demás. *Die Zeit* habla de la "Nueva Internacional"¹², que, por definición, ocupa un terreno de nadie entre el mercado y el estado pero que, como tercera fuerza, obtiene cada vez más influencia y exhibe su potencia política respecto a gobiernos, corporaciones internacionales y autoridades. Podemos ver aquí los primeros despuntes de una "ciudadanía global" (Richard Falk y Bart van Steenberg) o, como lo expresaríamos nosotros, la nueva constelación de una subpolítica global. A continuación, examinaremos cómo se ha hecho esto posible y cómo está surgiendo.

Con la marcha triunfal de la modernidad industrial, en todas partes se está afirmando un sistema político intencional-racional. El sentido común de esta época está tomado de una mentalidad de "todo bajo control", que se aplica incluso a la incontabilidad que ella misma produce. Sin embargo, el cumplimiento de esta forma de orden y control produce su contrario: el regreso de la incertidumbre y la inseguridad. Se presentan entonces "peligros de segundo orden" (Bonss, 1995) como la otra cara de cualquier intento de "superar" esto. De forma no intencionada, a la sombra de los "efectos colaterales" de los peligros globales, la sociedad se abre entonces a lo (sub)político. En cualquier esfera —en la economía tanto como en la ciencia, en la vida privada y en la familia tanto como en la política— las bases de la acción alcanzan un punto de inflexión decisivo: tienen que volver a justificarse, negociarse, equilibrarse. ¿Cómo puede reconceptualizarse esto?

El de "crisis" no es el concepto adecuado, como tampoco el de "disfunción" o "desintegración", pues son precisamente las *victorias* de la modernización industrial sin trabas lo que la ponen en tela de juicio. Esto es precisamente lo que quiere

decir el término "modernización *reflexiva*": teóricamente, aplicación a sí misma; empíricamente, autotransformación (mediante los procesos de individualización y globalización, por ejemplo); políticamente, pérdida de legitimidad y un vacío de poder. Thomas Hobbes, el teórico del estado, puede clarificar qué queremos decir con esto. Como es bien sabido, Hobbes defendió un estado fuerte y autoritario, pero también mencionó *un* derecho individual de resistencia civil. Si un estado produce condiciones que amenazan la vida, o si exige a un ciudadano «abstenerse de usar alimentos, aire, medicinas o cualquier otra cosa sin la que no pueda vivir», entonces, según Hobbes (1968, p. 269), «ese hombre tiene la Libertad de desobedecer».

En términos de política social, pues, la crisis ecológica implica una *violación sistemática de los derechos básicos*, una crisis de los derechos básicos cuyo efecto a largo plazo en el debilitamiento de la sociedad difícilmente cabe subestimar. Pues los peligros se están produciendo en la industria, son exteriorizados por la economía, individualizados por el sistema legal, legitimados por las ciencias naturales y presentados como inofensivos por la política. El que esto esté desmoronando el poder y la credibilidad de las instituciones sólo se evidencia cuando se pone en apuros al sistema, como ha intentado hacer Greenpeace, por ejemplo. El resultado es la subpolitización de la sociedad mundial.

El concepto de "subpolítica" se refiere a la política al margen y más allá de las instituciones representativas del sistema político de los estados-nación. Centra la atención en los signos de una autoorganización (en última instancia global) de la política que tiende a poner en movimiento todas las áreas de la sociedad. La subpolítica quiere decir política "*directa*" —es decir, la participación individual en las decisiones políticas, sorteando las instituciones de la formación representativa de la

opinión (partidos políticos, parlamentos) y muchas veces en carencia incluso de protección jurídica. En otras palabras, subpolítica quiere decir configurar la sociedad desde abajo. La economía, la ciencia, la carrera profesional, la existencia cotidiana, la vida privada han quedado atrapadas en las tormentas del debate político. Pero éste no se ajusta al espectro tradicional de las diferencias de la política de partidos. Lo que es característico de la subpolítica de la sociedad mundial son precisamente las "*coaliciones ad hoc de opuestos*" (de partidos, naciones, regiones, religiones, gobiernos, rebeldes, clases). De forma crucial, sin embargo, la subpolítica libera a la política al modificar las normas y límites de lo político, de forma que se hace más abierta y susceptible de nuevos vínculos, así como capaz de negociarse y reconfigurarse.

El boicoteo masivo simbólico: un caso para el estudio de la subpolítica global

En el verano de 1995, Greenpeace, el moderno paladín de las buenas causas, logró por primera vez obligar a Shell a desahacerse de una de sus plataformas petrolíferas obsoletas en tierra y no en el mar. A continuación, esta multinacional de las campañas intentó detener la reanudación de las pruebas nucleares francesas poniendo en la picota al presidente Jacques Chirac por violación deliberada de la normativa internacional. Muchos se preguntaron si no era el final de ciertas reglas básicas de la política (exterior) el que un actor no autorizado, tal como Greenpeace, pudiera desempeñar su propia política mundial interior sin respetar la soberanía nacional ni las normas diplomáticas. Quizá mañana les tocara a los moonitas, y luego a una tercera organización privada que intentara, a su modo, hacer feliz al resto del mundo.

Lo que estas pullas pasaban por alto es que lo que puso de rodillas a la multinacional petrolífera no fue Greenpeace, sino un boicoteo público masivo, reunido gracias a declaraciones de condena televisadas en todo el mundo. No es Greenpeace por sí sola la que sacude el sistema político; lo que hace es poner de manifiesto un vacío de poder y de legitimidad que tiene mucho paralelismo con lo que ocurrió en la RDA.

En todas partes hay indicios de este modelo de coalición de la subpolítica global o de la "política directa". Se están produciendo alianzas de fuerzas "totalmente" incapaces de aliarse entre sí. Así, el antiguo canciller alemán, Helmut Kohl, protestando como ciudadano que también presidía un gobierno, apoyó la acción de Greenpeace contra el entonces primer ministro británico, John Major. Repentinamente, se descubrieron y desplegaron elementos políticos en la actividad cotidiana: al llenar el depósito de gasolina, por ejemplo. Los automovilistas se aliaron frente a la industria petrolífera (no hay más que probarlo una vez para "cogerle el gusto"). Y, al final, el estado se sumó a la acción ilegítima y a sus organizadores, utilizando así su poder para legitimar una violación deliberada y extraparlamentaria de las normas, en tanto que, por su parte, los protagonistas de la política directa intentaban escapar —mediante una especie de "justicia ecológica autoadministrada" al estrecho marco de los organismos y normas indirectas y jurídicamente respaldadas. La alianza anti-Shell desembocó finalmente en un cambio de escenario entre la política de la primera y la de la segunda modernidad. Los gobiernos nacionales observaron desde la barrera, mientras que los actores no autorizados de la segunda modernidad dirigieron el rumbo de la acción.

En el caso del movimiento mundial contra la decisión del presidente Chirac de reanudar las pruebas nucleares, se de-

sarrolló de hecho una alianza global espontánea entre los gobiernos, los activistas de Greenpeace y los grupos de protesta más diversos. El error de cálculo francés se reflejó en dos aspectos de la situación: (a) la decisión de Mururoa coincidió con las conmemoraciones del 50º aniversario de Hiroshima y Nagasaki, y (b) fue rotundamente condenada por una reunión del Foro ASEAN, que incluía a Estados Unidos y Rusia. Todo esto apuntó a una alianza eventual de política directa que trascendía las diferencias nacionales, económicas, religiosas y político-ideológicas. Por tanto, surgió una coalición global de fuerzas simbólicas y económicas contradictorias. Un rasgo especial de esta política de la segunda modernidad es que, en la práctica, su "globalidad" no excluye a nadie ni a nada: no sólo socialmente, sino también moral o ideológicamente. Se trata, a fin de cuentas, de una política *sin oponentes o fuerza de oposición*, una especie de "política sin enemigos".

La principal novedad no fue que David venciera a Goliath, sino que David, *más Goliath*, actuando en un nivel global, sumaron con éxito sus fuerzas, primero contra una corporación mundial, después contra un gobierno nacional y una de sus políticas. Lo novedoso fue la alianza en todo el mundo de fuerzas extraparlamentarias y parlamentarias, ciudadanos y gobiernos, en pro de una causa que era supremamente legítima: la salvación del medio ambiente mundial [(Um)Welt].

Pero se ha evidenciado algo más. El mundo postradicional sólo parece disgregarse en la individualización. Paradójicamente, el desafío de los peligros globales le proporciona una nueva fuente de la juventud: de una nueva moralidad y activismo transnacional, de nuevas formas (y foros) de protesta, pero también de nuevas histerias. El *status* o la conciencia de clase, la creencia en el progreso o en la decadencia, la imagen del enemigo comunista podrían sustituirse por el proyecto, que se ex-

tiende a toda la humanidad, de salvar el entorno mundial. Las amenazas globales generan comunidades globales de riesgo: al menos comunidades *ad hoc* para el momento histórico.

Por supuesto, la alianza anti-Shell era moralmente sospechosa. De hecho, estaba basada en pura hipocresía. Kohl, por ejemplo, podía utilizar esta acción simbólica (que no le costaba nada) para distraer la atención de su política de no limitar la velocidad en las autopistas alemanas, que contaminaba el aire de Europa (y que sigue contaminándolo bajo su sucesor, Gerhard Schröder, y su ministro verde de medio ambiente, Jürgen Trittin).

El nacionalismo verde-alemán y las actitudes de sabelotodo también se dejan sentir bajo la superficie. Muchos alemanes desean una especie de Gran Suiza verde. Sueñan con una Alemania que sería la conciencia ecológica mundial. Quizá haya entre bambalinas una segunda ronda de "reparaciones" por motivos ecológicos, combinada con una dosis renovada de "superioridad" respecto a cuestiones medioambientales que son cualquier cosa antes que medioambientales: en particular, una especie de nueva religión de una sociedad secularizada e individualizada. Sin embargo, las lecciones de la política difieren de las de la moralidad. Precisamente en la alianza entre creencias mutuamente excluyentes —desde el canciller Kohl a los activistas de Greenpeace, desde fetichistas del Porsche hasta los que arrojan artefactos incendiarios— empieza a manifestarse la nueva cualidad de lo político. Hasta qué punto es así ha empezado a evidenciarse a partir de 1998 en Alemania, donde Los Verdes, ahora en una nueva posición de influencia dentro del gobierno de Gerhard Schröder, están empezando a imponer un "impuesto ecológico" que se utilizará para reducir los costes del trabajo asalariado. Además, han propuesto el abandono nacional de la energía nuclear.

sarrolló de hecho una alianza global espontánea entre los gobiernos, los activistas de Greenpeace y los grupos de protesta más diversos. El error de cálculo francés se reflejó en dos aspectos de la situación: (a) la decisión de Mururoa coincidió con las conmemoraciones del 50º aniversario de Hiroshima y Nagasaki, y (b) fue rotundamente condenada por una reunión del Foro ASEAN, que incluía a Estados Unidos y Rusia. Todo esto apuntó a una alianza eventual de política directa que trascendía las diferencias nacionales, económicas, religiosas y político-ideológicas. Por tanto, surgió una coalición global de fuerzas simbólicas y económicas contradictorias. Un rasgo especial de esta política de la segunda modernidad es que, en la práctica, su "globalidad" no excluye a nadie ni a nada: no sólo socialmente, sino también moral o ideológicamente. Se trata, a fin de cuentas, de una política *sin oponentes o fuerza de oposición*, una especie de "política sin enemigos".

La principal novedad no fue que David venciera a Goliat, sino que David, *más Goliat*, actuando en un nivel global, sumaron con éxito sus fuerzas, primero contra una corporación mundial, después contra un gobierno nacional y una de sus políticas. Lo novedoso fue la alianza en todo el mundo de fuerzas extraparlamentarias y parlamentarias, ciudadanos y gobiernos, en pro de una causa que era supremamente legítima: la salvación del medio ambiente mundial [(Um)Welt].

Pero se ha evidenciado algo más. El mundo postradicional sólo parece disgregarse en la individualización. Paradójicamente, el desafío de los peligros globales le proporciona una nueva fuente de la juventud: de una nueva moralidad y activismo transnacional, de nuevas formas (y foros) de protesta, pero también de nuevas histerias. El *status* o la conciencia de clase, la creencia en el progreso o en la decadencia, la imagen del enemigo comunista podrían sustituirse por el proyecto, que se ex-

tiende a toda la humanidad, de salvar el entorno mundial. Las amenazas globales generan comunidades globales de riesgo: al menos comunidades *ad hoc* para el momento histórico.

Por supuesto, la alianza anti-Shell era moralmente sospechosa. De hecho, estaba basada en pura hipocresía. Kohl, por ejemplo, podía utilizar esta acción simbólica (que no le costaba nada) para distraer la atención de su política de no limitar la velocidad en las autopistas alemanas, que contaminaba el aire de Europa (y que sigue contaminándolo bajo su sucesor, Gerhard Schröder, y su ministro verde de medio ambiente, Jürgen Trittin).

El nacionalismo verde-alemán y las actitudes de sabelotodo también se dejan sentir bajo la superficie. Muchos alemanes desean una especie de Gran Suiza verde. Sueñan con una Alemania que sería la conciencia ecológica mundial. Quizá haya entre bambalinas una segunda ronda de "reparaciones" por motivos ecológicos, combinada con una dosis renovada de "superioridad" respecto a cuestiones medioambientales que son cualquier cosa antes que medioambientales: en particular, una especie de nueva religión de una sociedad secularizada e individualizada. Sin embargo, las lecciones de la política difieren de las de la moralidad. Precisamente en la alianza entre creencias mutuamente excluyentes —desde el canciller Kohl a los activistas de Greenpeace, desde fetichistas del Porsche hasta los que arrojan artefactos incendiarios— empieza a manifestarse la nueva cualidad de lo político. Hasta qué punto es así ha empezado a evidenciarse a partir de 1998 en Alemania, donde Los Verdes, ahora en una nueva posición de influencia dentro del gobierno de Gerhard Schröder, están empezando a imponer un "impuesto ecológico" que se utilizará para reducir los costes del trabajo asalariado. Además, han propuesto el abandono nacional de la energía nuclear.

También se ha producido un cambio radical en la situación para la economía. Shell, por ejemplo, desde su punto de vista no dejó nada por hacer para controlar el problema. Se había llegado a un acuerdo con los gobiernos, expertos y gestores para llevar a cabo el hundimiento de la plataforma, y ésa era la solución óptima para la propia Shell. Pero cuando intentó llevarla a cabo ocurrió exactamente lo contrario: los mercados amenazaron con desplomarse. Por tanto, la lección es: no hay soluciones de expertos en el discurso sobre el riesgo, porque los expertos sólo pueden aportar información fáctica, y nunca serán capaces de evaluar qué soluciones son culturalmente aceptables.

Esto también es nuevo. La política y la moralidad están alcanzando prioridad sobre el razonamiento experto. El que esta politización pueda trascender temas concretos para constituir una política medioambiental con autoridad es una cuestión bastante distinta. Probablemente estén aquí los límites de la subpolítica global, que no debería confundirse con la política de los gobiernos nacionales (naturalmente, esto cambia cuando, como en Alemania, la subpolítica verde empieza a convertirse en política de estado). Por otra parte, el proceso de subpolitización no debería considerarse en absoluto como irracional, porque tiene todos los rasgos de la modernidad republicana en contraste con la democracia de partidos representativa y nacional-parlamentaria. La actividad de las corporaciones mundiales y de los gobiernos nacionales se está sometiendo a la presión de una esfera pública mundial. En este proceso, la participación individual-colectiva en las redes de acción global es sorprendente y decisiva; los ciudadanos están descubriendo que el acto de comprar puede ser un voto directo que siempre pueden utilizar de forma política. De este modo, mediante el boicoteo, una sociedad de consumidores activos se combina y alía con la democracia directa... a escala mundial.

Esto se acerca, de forma ejemplar, a lo que Kant bosquejó hace doscientos años en su ensayo sobre la "paz perpetua" como utopía de una sociedad cosmopolita en contraposición a lo que denominaba el "despotismo" de la democracia representativa. Habría un nexo global de responsabilidad mediante el que los individuos —y no sólo sus representantes organizativos— podrían participar de forma directa en las decisiones políticas. Esto nos permite comprender de forma inmediata qué se discute actualmente en los Estados Unidos bajo el concepto de "ciudadanía tecnológica", a saber: la recuperación de los derechos democráticos básicos frente al "gobierno de nadie" de los desarrollos tecnológicos.

En su libro *Autonomous Technology*, Langdon Winner (1992) extrae la conclusión de que la mayoría del análisis que ha desarrollado la ciencia social sobre el desarrollo tecnológico no consigue reconocer la diferencia entre el hecho de que la "tecnología requiera legislación" y el que la "tecnología es legislación". Lewis Mumford, hace más de treinta años, escribió que los sistemas tecnológicos a gran escala son las formas y fuentes más influyentes de tiranía del mundo moderno. Y en opinión de Andrew Zimmerman (1995, p. 88), la autonomía tecnológica está vaciando de contenido a la autonomía social; en tanto que en la primera modernidad el bienestar y la "libertad" del ciudadano eran una función del bienestar y la libertad de los sistemas técnicos. Por contraste, el enfoque de Philip Frankfeld intenta justificar la demanda de participación tecnológica:

El *status* de ciudadanía tecnológica puede disfrutarse en el nivel nacional, estatal, local o global, o en los niveles intermedios. Por consiguiente, uno puede ser un ciudadano tecnológico de [...] la ecosfera Chernobil, de la producción de explosivos plásticos y utilizar la "noos-

fera" —que tiene una escala global— de una determinada zona des-nuclearizada en la red no contigua que forman en el ámbito cubierto por el tratado de no proliferación nuclear [...] Sin embargo, uno *sería* un ciudadano tecnológico de cualquiera de estas esferas de impacto si sus habitantes se dignaran crear una serie de organismos, un colchón de protecciones o beneficios sociales, o un colchón de derechos y responsabilidades que respaldaran el *status* de sus ciudadanos respecto al impacto de las tecnologías con una finalidad específica global (Frankenfeld, 1992, pp. 462 s., citado en Zimmerman, 1995, p. 89; véase también van Steenberghe, 1994; Archibugi y Held, 1995).

Como objetivos normativamente comprehensivos de la ciudadanía, Frankenfeld menciona: «(1) la autonomía, (2) la dignidad, (3) la asimilación —frente a la alienación— de los miembros de la comunidad política». Por consiguiente, ésta incluye: «1. Los derechos al conocimiento o a la información; 2. Los derechos a la participación; 3. Los derechos a la garantía del consentimiento informado, y 4. Los derechos a que se limite la suma total de peligros a los que pueden estar expuestos colectivamente e individuos» (Frankenfeld, 1992, pp. 462, 464).

La inmediatez de la participación tecnológica global se establece, por ejemplo, en la *unidad de los actos de compra y voto*. ¡Aquí no hay intermediarios organizativos, ni organismos representativos de la voluntad popular, ni burocracias, ni censo electoral, ni policía, ni cañones de agua, ni formularios para pedir que se autorice una manifestación! Es una forma de política y protesta directa, anarquista, aquí, ahora y en cualquier lugar, que muchas veces no cuesta nada y que, por expresarlo así, puede añadirse al menú. Por tanto, la política puede convertirse en parte integral de la actividad cotidiana y al mismo tiempo implicar la integración activa en el (no-)orden cosmopolita (postradicional).

¿Pero cuáles son los lugares, los instrumentos y los medios

de esta política directa de "ciudadanía tecnológica global"? El lugar político de la sociedad del riesgo global no es la calle sino la *televisión*. Su sujeto político no es la clase trabajadora y su organización, ni el sindicato. En vez de esto, *los símbolos culturales se escenifican en los medios de comunicación de masas*, donde puede descargarse la mala conciencia acumulada de los actores y de los consumidores de la sociedad industrial. Existen tres formas de ilustrar esta apreciación.

En primer lugar, en la omnipresencia abstracta de los peligros, la destrucción y la protesta están simbólicamente mediadas. En segundo lugar, al actuar contra la destrucción ecológica, todo el mundo es también su propio enemigo. En tercer lugar, la crisis ecológica está generando la conciencia de una Cruz Roja cultural. Aquellos que, como Greenpeace, escriben esto en su emblema son elevados a la nobleza ecológica y se les otorga un cheque en blanco por una cantidad de confianza prácticamente ilimitada, lo que tiene la ventaja de que, en caso de duda, se da crédito a la propia información y no a la de las organizaciones industriales.

Aquí estriba una limitación crucial de la política directa. Somos niños perdidos en un "bosque de símbolos" (Baudelaire). En otras palabras, nos vemos obligados a depender de la política simbólica de los medios de comunicación. Esto es especialmente cierto en cuanto al carácter abstracto y omnipresente de la destrucción que mantiene en funcionamiento la sociedad del riesgo global. Los símbolos tangibles, simplificadores, que tocan y alarman a las fibras nerviosas culturales adquieren aquí una relevancia política clave. Es preciso producir o fabricar estos símbolos en el fuego abierto de la provocación del conflicto, ante los aterrados ojos televisivos de la opinión pública. La pregunta decisiva es: ¿quién descubre (o inventa), y cómo, los símbolos que revelan o demuestran el carácter estructural de los

problemas y que crean la capacidad de actuar? Esta capacidad debería ser mayor cuanto más simple y nítido es el símbolo escenificado, menores los costes individuales de las acciones de protesta públicas y mayor la facilidad con la que cada persona puede limpiar de ese modo su conciencia.

La simplicidad significa mucho. En primer lugar, *transmisibilidad*. Todos somos pecadores medioambientales; igual que Shell pretendía hundir su plataforma petrolífera en el mar, también "todos" nuestros dedos ansían arrojar la lata de Coca-Cola por la ventanilla del coche. Ésta es la situación, compartida por todos, que hace tan "transparente" el caso *Shell* (según la construcción social). Sin embargo, existe una diferencia esencial en el sentido de que la absolución oficial se hace más tentadora cuanto mayor es el pecado. En segundo lugar, *la indignación moral*. "Los de arriba" consiguen la aprobación del gobierno y de los expertos para hundir en el Atlántico una plataforma petrolífera llena de residuos tóxicos, pero "nosotros, los de abajo" —como podría caracterizarse irónicamente la ideología verde alemana—, tenemos que salvar el mundo dividiendo cada bolsita de té en tres partes —papel, cuerda y hojas— y echándolas a la basura por separado. En tercer lugar, *la expeditividad política*. ¿Apoyará el canciller Schröder a Greenpeace en sus acciones contra la política nuclear francesa? Difícilmente, pues se trata de un póker de poder nacional y no de los simples intereses de mercado de Shell. En tercer lugar, *acciones alternativas simples*. Para golpear a Shell, todo lo que uno tenía que hacer era llenar el depósito con gasolina "moralmente limpia" de uno de sus competidores. Si los gobiernos de todo el mundo hubieran dirigido el boicoteo de los productos franceses, es evidente que todo hubiera tomado una nueva dimensión. En quinto lugar, *la venta de indulgencias ecológicas*. El boicoteo cobró importancia a partir de la mala conciencia de la sociedad in-

dustrial, porque permitía obtener, sin ningún coste para uno mismo, una especie de *ego te absolvo*.

Los peligros ecológicos globales, lejos de intensificar una falta general de sentido en el mundo moderno, crean un horizonte pleno de sentido en cuanto a evitar, proteger y ayudar, un clima moral que se agudiza con la escala del peligro percibido y en el que se dota a los papeles de héroe y villano de un nuevo significado político. Si el mundo se percibe dentro de las coordenadas de la autoexposición ecológico-industrial al peligro, entonces puede crearse un drama universal a partir de la moralidad, la religión, el fundamentalismo, la desesperación, la tragedia y la tragicomedia, siempre entremezcladas con sus opuestos: la salvación, la ayuda, la liberación. En esta tragicomedia mundial la economía es libre de adoptar el papel de emponzoñadora o el de héroe y ayudante. Ése es el contexto en el que Greenpeace, utilizando el ardid de la impotencia, intenta ocupar el escenario. Lo que Greenpeace practica es una especie de *política de yudo*, concebida para movilizar la superior fortaleza de los pecadores medioambientales contra ellos mismos.

Los de Greenpeace son profesionales de los medios de comunicación multinacionales; saben cómo hay que presentar los casos en los que las normas de seguridad e inspección se promulgan y violan de forma contradictoria para que los grandes y poderosos (corporaciones, gobiernos) tropiecen directamente con ellos y se retuerzan telegénicamente para el disfrute del público mundial. Thoreau y Gandhi hubieran resplandecido de gozo al contemplar cómo Greenpeace utiliza los métodos de la era de los medios de comunicación para escenificar la resistencia civil mundial. Greenpeace también es una forja de símbolos políticos. Los medios artificiales del conflicto entre blancos y negros se utilizan para forjar pecados culturales y símbolos del pecado que, al combinar protestas, pueden convertirse en

pararrayos de la conciencia colectiva de culpa. Éstos son los modos en que se construyen las nuevas certidumbres y las nuevas salidas a la ira en la democracia sin enemigos que ha sucedido a las imágenes del enemigo del conflicto entre el Este y Occidente. Este proceso sigue siendo parte de la feria mundial de la política simbólica. ¿No es todo esto una distracción absurda de los desafíos centrales de la sociedad del riesgo global?

Sin embargo, si no nos centramos en temas aislados, sino en la nueva constelación política, el incentivo del éxito es suficientemente claro. En la festiva confluencia de opuestos de la resistencia civil transcultural, la sociedad cosmopolita siente su poder directo. Es bien sabido que no hay nada tan contagioso como el éxito. Quienes quisieran seguir el camino acertado pronto descubren que el deporte de masas y la política aquí se funden directamente entre sí a escala mundial. Es una especie de combate de boxeo político con participación activa de la audiencia que se desarrolla en todo el mundo. Ningún programa de entretenimiento televisivo podría competir con esto; no sólo carecería del aliciente extra de la realidad, sino también de la moderna aura ecológica de salvación mundial que, en última instancia, carece de adversario. De cualquier forma, *este* caso de estudio en concreto evidencia que el tan difundido discurso del fin de la política y de la democracia, o del colapso de todos los valores —en suma, todo el canon de la crítica cultural— es estúpido por ser tan ciego históricamente. La gente no tiene más que probar la participación directa con éxito “tangible” para no volver a detenerse.

A medida que se difunde la conciencia del peligro, la sociedad del riesgo global se hace autocrítica. Sus bases, coordenadas y coaliciones prefiguradas entran en un estado de turbulencia. La política irrumpe de una forma nueva y distinta, más allá del alcance de las responsabilidades y jerarquías for-

males. Así, en ocasiones buscamos la política en el lugar equivocado, con los conceptos equivocados, en los ámbitos de discusión equivocados, en las páginas equivocadas de los diarios. Las mismas áreas de toma de decisiones que el modelo de capitalismo industrial sitúa a remolque de la política —la publicidad, la economía, la administración, el consumo, la ciencia, la vida privada— son arrastradas por la modernidad reflexiva del riesgo a las tormentas de la discusión política. Si se quiere entender por qué, es preciso considerar el significado cultural-político de los peligros fabricados.

El peligro interno también es subjetividad e historia alienadas, concentradas. Es un tipo de memoria colectiva obsesiva del hecho de que nuestras propias decisiones y errores están ocultas en aquello a lo que ahora nos enfrentamos. Las amenazas globales son la encarnación de los errores de toda una era de industrialismo; son una especie de regreso colectivo de lo reprimido. Quizá en su investigación consciente se ofrezca una oportunidad de romper el hechizo del fatalismo industrial. Si alguien quisiera construir una máquina para contrarrestar la mecanización de la sociedad, tendría que utilizar el plano de la autoexposición al peligro ecológico. Ésta es la reificación que clama por ser superada. Ésta es la oportunidad, que sabemos pequeña, de la (sub)política global en la sociedad del riesgo global (Beck, 1994).

Si también se incluye la necesidad de una política medioambiental global desde arriba, es claro que entonces sigue siendo posible concebir dentro de una perspectiva activa el vacío en que Europa y el mundo se han convertido después del final del conflicto Oriente-Occidente. Nuestro destino es tener que inventar de nuevo lo político.